

HOMILÍA EN LA INAUGURACIÓN DEL JUBILEO CATEDRAL DE MENORCA, 29 DE DICIEMBRE DE 2024

Inauguramos hoy en nuestra Diócesis de Menorca y en todas las catedrales del mundo el Jubileo de la Iglesia Católica en el 1700 aniversario de Concilio de Nicea. Vamos a las raíces de nuestra fe expresada en las profesiones elaboradas por los primeros concilios ecuménicos. Ante la imagen del Niño Dios, en este domingo dentro de la Octava de Navidad, renovamos nuestra fe bautismal diciendo: “Creemos en Jesucristo Hijo único de Dios, nacido de Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho”

Hemos peregrinado a la Catedral, como pueblo de Dios, como familia de Dios en Menorca para encontrarnos con Jesucristo. Él es al mismo tiempo el Buen Pastor de este rebaño y la Puerta del redil: “Yo soy el buen Pastor... Yo soy la Puerta”.

Comenzamos así, convocados por el Papa Francisco, con espíritu de conversión, el Jubileo de la esperanza que no defrauda y del cual esperamos gracias abundantes del Cielo tanto para la Iglesia como para toda la Humanidad.

En el tiempo de Navidad celebramos ante todo el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, pero no lo contemplamos como espectadores, sino como implicados totalmente en el misterio de *aquel del que seguimos profesando* “que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajo del cielo, y por obra y gracia del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre”.

Y es tan grande este misterio, que la Iglesia ha querido que lo celebráramos durante una octava, durante ocho días seguidos, para ir profundizando cada vez más en su significado y en sus consecuencias.

Y también ha querido la Iglesia que lo hiciéramos ayudados por el ejemplo y la intercesión de grandes santos: San Esteban, San Juan Evangelista, Los Santos Inocentes, que, como nos recuerda San Gregorio de Nisa, fueron junto a la Virgen y San José, los primeros y grandes testigos de Cristo.

En este domingo, en la inauguración del Jubileo contemplamos en un primer plano el misterio de la Sagrada Familia: Jesús, María y José.

Los evangelios nos recuerdan que Jesús es también hijo de una historia familiar. San Mateo sigue el itinerario de la infancia de Jesús: La huida de Herodes que le lleva a Egipto, compartiendo el destino del pueblo elegido; su retorno a Israel (éxodo) y la elección de Nazaret como domicilio, cosa que justificará su apelativo común de Nazareno. Y San Lucas que nos presenta la vocación a la vez dolorosa y gloriosa de Jesús. Este Niño será al mismo tiempo signo de contradicción y luz de los paganos y gloria de Israel; y a los 12 años, en el Templo, como se ha proclamado hoy, vivirá anticipadamente su propio destino pascual cuando es perdido y hallado al tercer día en la “casa de su Padre”. La Sagrada familia también tuvo sus dificultades. Pero La Virgen María y San José han querido compartir la condición de aquel hijo desconcertante, siguiéndole paso a paso en la revelación del gran misterio que encerraba su Persona. Por esto, su total disponibilidad al proyecto de Dios merece hoy toda nuestra atención como discípulos de Jesucristo.

La fiesta de hoy nos recuerda la importancia de nuestras raíces familiares. El Papa Francisco nos dice que *“Dios no nos creó para ser caballeros solitarios, sino para caminar juntos... Dios piensa en nosotros y quiere que estemos juntos: agradecidos, unidos, capaces de proteger nuestras raíces. Y tenemos que pensar en esto, en la propia historia”* (Homilía en la fiesta de la Sagrada Familia, 2021).

Nosotros los cristianos también somos también una familia, la de aquellos hermanos que peregrinamos en Menorca y que tenemos nuestras raíces, nuestra cultura, nuestra historia; entre nosotros existen vínculos de comunión y de fraternidad.

La experiencia sinodal de los últimos años nos ha ayudado mucho a avanzar en una concepción más comunitaria de nuestra fe, superando así el individualismo religioso que nos distanciaba. Hemos aprendido a escucharnos, a dialogar, a querernos, a avanzar juntos, viviendo nuestra participación en la vida de la Iglesia con una creciente corresponsabilidad diferenciada, articulada en torno a la vocación bautismal, al sacramento del Orden i a los carismas de la vida consagrada.

El Papa Francisco explicando el pasaje evangélico de la Sagrada Familia ilumina nuestro hoy eclesial: *“María y José pierden a Jesús y lo buscan angustiados, luego lo encuentran después de tres días. Y cuando sentado entre los maestros del Templo, responde que debe atender los asuntos de su Padre, no lo entienden; necesitan tiempo para aprender a conocer a su hijo. Así es también para nosotros: cada día, en la familia -y yo añado que también en la Iglesia- hemos de aprender a escucharnos y comprendernos, a caminar juntos, a afrontar los conflictos y las dificultades. Es el reto diario, y se gana con la actitud adecuada, con pequeñas atenciones, con gestos sencillos, cuidando los detalles de nuestras relaciones”* ((Homilía en la fiesta de la Sagrada Familia, 2021).

El Jubileo que hoy comenzamos es una llamada a la esperanza y a la conversión. Para ser una Iglesia misionera en medio del mundo, los católicos de Menorca hemos de vivir y proclamar la experiencia de la misericordia de Dios que es infinita y recibir el perdón de Dios en una renovada celebración del sacramento de la penitencia, que posibilita un recomenzar, un poner el contador a cero, para empezar a construir de nuevo este entramado de relaciones humanas dentro y fuera de la Iglesia, fundamentados en el amor.

El Papa Francisco nos pide este testimonio de pedir el perdón de Dios en la confesión para tener un corazón purificado que sepa perdonar y amar en lugar de juzgar y reprochar, posibilitando la reconciliación auténtica del hombre con Dios, con los demás, con la creación y consigo mismo, recordando aquello que se proclama en el pregón pascual: *“donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”*.

En la misa de la noche de Navidad, el Papa Francisco inauguró el Jubileo afirmando solemnemente que celebrar el misterio del Enmanuel, del Dios con nosotros nos permite afirmar con toda claridad que *“la esperanza no ha muerto, la esperanza está viva, y envuelve nuestra vida para siempre. La esperanza no defrauda”*.

Al entrar en la Catedral esta tarde, la Iglesia que peregrina en Menorca proclama que hay esperanza para cada uno de nosotros porque Dios perdona todo y Dios perdona siempre, ayudándonos a recuperar la esperanza perdida para comenzar de nuevo. El dinamismo del jubileo, según palabras del Papa,

“nos pide que no nos demoremos, que no nos dejemos llevar por la rutina, que no nos detengamos en la mediocridad y en la pereza; nos pide que nos indignemos por las cosas que no están bien y que tengamos la valentía de cambiarlas; nos pide que nos hagamos peregrinos en busca de la verdad, soñadores incansables, mujeres y hombres que se dejan inquietar por el sueño de Dios, que es el sueño de un mundo nuevo, donde reinan la paz y la justicia”. (Homilía del Papa en la inauguración del Jubileo).

Por esta razón en el Decreto episcopal sobre la celebración del Jubileo en nuestra Diócesis de Menorca, que vuestros párrocos os explicarán, he querido que la dinámica de la peregrinación a la Catedral vaya acompañada de otros movimientos interiores que nos impulsan a abandonar nuestro bienestar y comodidad para salir al encuentro del prójimo necesitado.

Entre otras sugerencias que pueden ayudarnos y ser un signo de caridad verdadera para lucrar la indulgencia está la constitución en la Diócesis de Menorca de un fondo de solidaridad para una vivienda digna, con una aportación inicial de cien mil euros, cantidad a las que podrán sumarse otras aportaciones particulares. Este fondo será administrado por Caritas Diocesana y verificará la sinceridad de nuestra conversión personal y comunitaria que sabe compadecerse de esta necesidad concreta tan acuciante en nuestra sociedad.

Y también se podrá ganar la indulgencia jubilar en Menorca practicando las obras de misericordia a nivel individual, o integrándose en los distintos voluntariados organizados a nivel comunitario: Cáritas, Pastoral de la Salud, Pastoral Penitenciaria, Manos Unidas, etc.

Que la Virgen María y San José nos ayuden a conocer y a amar más y mejor a Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, el Mesías esperado, el Redentor de la humanidad. Por Cristo, con Él y en Él, la esperanza no defrauda. Que así sea.

+ Gerardo Villalonga Hellín, obispo de Menorca